

Notas sobre la exterioridad desde una perspectiva anti industrial Cul de Sac

Tratar de trazar puentes desde la crítica y la práctica antiindustrial con un concepto como el de exterioridad obliga casi sin escapatoria posible a retomar las raíces del proyecto propio y constatar lo que hasta cierto punto se puede considerar un fracaso, parcial pero profundamente relevante. Con las dificultades que una afirmación como esta entraña, especialmente en lo relativo a la cuestión terminológica, parece sensato pensar que los diferentes movimientos, luchas, creaciones y sensibilidades que solemos unificar bajo el paraguas de crítica antiindustrial comparten todos un elemento: una oposición al proyecto de la modernidad y, en particular, a su reforzamiento a través de la industrialización. Es decir, frente a una modernidad exterioricida que tiene la pretensión de incorporarlo todo y subordinarlo a sus propias lógicas, se alzaría una resistencia creativa de y en la exterioridad.

¿Qué queremos decir en este contexto cuando hablamos de exterioridad? Sin duda es difícil apuntar a una definición completa y cerrada, además de cuestionable la utilidad de hacerlo e incluso la posibilidad. Convencionalmente en nuestro ámbito exterioridad ha solido venir asociada a dos elementos fundamentales. Por un lado, la exterioridad de la revolución, de la creación emancipada y emancipatoria. El nuevo mundo que crea las prácticas revolucionarias (no necesariamente entendidas como teleológicas o puntuales. En esa categoría entrarían también las propuestas de acción intersticial, como la de Landauer) se opone y se diferencia radicalmente del proyecto de la modernidad (evidentemente capitalista, ambas facetas integradas y en mi opinión no separables¹). De este modo, tenemos una práctica que destruye el proyecto de dominación y construye una exterioridad radicalmente propia.

Una segunda acepción de exterioridad en este contexto correspondería a grandes rasgos al conjunto del mundo «pre-moderno». Es decir, todo aquello que existía antes de la modernidad y que subsiste en el proceso de extensión de esta o como afuera radical (el mundo indígena o de los pueblos originarios en el contexto colonial), o como enemigo interior (el mundo campesino europeo y su extensión norteamericana y colonial en general.) Entreverado con estos dos conceptos de exterioridad aparece sin duda la instancia por excelencia de lo Otro, una cierta Naturaleza con mayúsculas. Tan sólo hace falta pensar en la importancia que tuvo en la construcción del mundo del Romanticismo la creación tanto de una cierta noción de Naturaleza como de novedosas formas de relacionarse con ellas, muchas relacionadas más bien con la propia condición urbana de sus creadores. Aunque sería interesante ver las diferentes relaciones, de entre las cuales algunas casi rozan la identidad, que se establecen entre esta Naturaleza y los dos ámbitos anteriores, dejaremos este punto de lado.

Retomando la clasificación anterior es fácil pensar en algunos de los proyectos políticos y prácticos que han venido asociados a diferentes vertientes de la crítica antiindustrial. En conexión con la primera, sin duda encontraríamos el conjunto amplio de pensadores y colectivos que han apuntado hacia la necesidad, en mayor o menos escala, de destruir el grueso de las construcciones de la modernidad. Hablando normalmente en términos de una oposición civilización/naturaleza, la

¹ Aquí aparece un debate tan complejo como inevitable, en el que por supuesto no entraré. ¿Es o no separable el proyecto de la Ilustración y el de la Modernidad? O dicho de otro modo, ¿era inevitable que la transformación epistemológica y ontológica que supuso la Ilustración nos condujera a construir y materializar, en tanto que civilización occidental, un mundo que acabara asesinando o esclavizando a gran parte de los habitantes del planeta y poniendo en jaque la estabilidad de nuestra biosfera? E incluso más complicado todavía, ¿es posible, desde la asunción de la separabilidad, utilizar a la Ilustración como vía para oponerse a la Modernidad y destruirla? De las respuestas que se den a estos interrogantes dependerá en gran medida la construcción de una determinada praxis política en esta segunda década del s. XXI.

propuesta en estos caso suele tomar la forma de una emulación de las comunidades «no civilizadas» tanto en el ámbito de lo cultural (simbólico, organizativo, epistemológico) como en el de lo metabólico (formas de producción, economía, urbanismo, consumo). Aunque la variedad de posturas a este respecto es grande, en líneas generales podríamos afirmar que su excesivo apego a la antropología y, en ocasiones, su falta de análisis sobre los límites y obstáculos de la estrategia política como la suya, nos llevan a no sentirnos especialmente afines a las mismas.

Dentro de la familia de propuestas del segundo grupo, en cambio, se engloban las que quizá hayan sido las propuestas políticas más interesantes, y por desgracia desoídas, de los siglos XIX y XX. Por un lado, lejos de nuestras posiciones, se encontrarían los posicionamientos políticos puramente reaccionarios y conservadores en su sentido más profundo. Frente al envite y la fuerza del huracán modernizador no escasearon los que plantearon la necesidad de una defensa en bloque del mundo pre-moderno, una paralización de la historia que conservara en salmuera las relaciones materiales, pero también políticas, de la versión en general más autoritaria y jerárquica de, en palabras de Mumford, la matriz civilizadora neolítica (o, dicho de otro modo algo menos preciso pero quizá más gráfico, la civilización campesina.) En estos autores se entremezcla una lucidez a veces innegable para intuir y delinear las grandes perversiones que el Nuevo Mundo acarrearía con una inaceptable defensa de la dominación y la jerarquía que la tornan prácticamente elemento natural e ineliminable de la vida humana en la Tierra.

Pero, lejos de lo que el credo progresista, el dogma del crecimiento y el cambio, trata de hacernos creer; muchas críticas a la modernidad no se limitaron a enarbolar la defensa del status quo del Antiguo Regimen. La historia política del s. XX nos ha legado una plétora de voces lúcidas, en algunos casos desertores o antagonistas de la militancia en la fe del progreso por excelencia, el comunismo dogmático, que supieron entender lo inevitable de pensar en un espacio para la exterioridad de lo pre-moderno en cualquier proyecto de emancipación radical. Una lista incluso tentativa de nombres sería difícil de abordar: Levi, Mumford, Ellul, Weil, Chiaromonte, Anders, Camus, Chayanov, Berger, Landauer, Charbonneau, Thoreau, Pasolini, Silone, etc. Con matices, en muchos casos rayanos en la diferencia y casi oposición, en todos ellos encontramos una mirada lúcida a la exterioridad interior que suponía en su tiempo el mundo campesino, una mirada capaz de ver en ella la semilla privilegiada de una emancipación que no fuera ni prometeica, ni faústica, ni fosilista.

Quizá fue Carlo Levi el que lo expresó con más claridad cuando sintetizó su propuesta en algo parecido a lo siguiente: conservemos las relaciones materiales al interior de las sociedades y de éstas con la naturaleza, además de ciertas realidades axiales y epistémicas, del mundo campesino. Transformemos radicalmente sus relaciones políticas. Es decir, conservemos la autonomía material y hasta cierto punto política, el compromiso radical con la supervivencia propia y de la colectividad, la relación con el territorio, la profundidad de la responsabilidad a todos los niveles que caracteriza a la civilización campesina; pero erradiquemos la desigualdad, el dogmatismo y la subordinación. Sintetizando, probablemente de manera injusta, una transformación que sea revolucionaria en lo político (es decir, la primera exterioridad está también presente en un movimiento de síntesis) y conservadora en lo antropológico y lo metabólico.

De un modo u otro, e insisto en que una exposición de este carácter en un espacio tan reducido no puede más que incurrir en cierta simplificación e injusticia, este ha sido uno de los principales proyectos del confuso, minoritario y a veces difuso sujeto político de la crítica antiindustrial. Sin embargo, y he aquí la contundente o aunque no definitiva derrota de la que hablaba al inicio, un proyecto como este es difícilmente defendible en el mundo posterior a los acelerados procesos modernizadores y desarrollistas de los años 60. Es decir, una vez que el ansia exterioricida del proyecto moderno barrió a la civilización campesina mediante la destrucción física y la mutación antropológica, mediante el genocidio cultural, ¿dónde puede encontrar sustento un proyecto político

como éste?

Los últimos 60-70 años han supuesto una destrucción masiva de exterioridad a nivel mundial, tan intensa y profunda que a veces nos ahoga en su potencia y extensión. Destrucción de la exterioridad de la revolución, cooptada mediante la burocratización e integración de muchas de sus creaciones institucionales y eliminada de la sociedad y la subjetividad contemporánea en el profundo proceso de privatización de individuos, deseos y construcciones sociales que se ha venido a conocer como neoliberalismo (término que en particular nos parece poco atinado en tanto que falla a la hora de ver que, en el fondo, lo que ha sucedido más que una ruptura supone una continuidad con el largo proceso que dio comienzo hace al menos tres siglos). Y destrucción también concreta de la exterioridad indígena y campesina en un mundo en el que más de la mitad de la población mundial vive en ciudades mientras que el resto no lo hace porque todavía no ha conseguido migrar. Destrucción también, e intrínsecamente unida, de la Naturaleza como otro a nivel relacional y como biosfera en un sentido material muy concreto (nos enfrentamos a una crisis socio-ecológica sin parangón a nivel de profundidad y gravedad, hasta el punto de podernos encontrar a las puertas de una discontinuidad histórica sin precedentes).

Entonces, ¿qué pasa con la exterioridad? ¿Estamos condenados a asumir la administración de una modernidad omnipotente? ¿No tenemos mucha más opción que esperar sentados a la destrucción de las condiciones de habitabilidad del planeta? Nada más lejos, claro.

Comencemos llamando la atención sobre un hecho evidente: la destrucción de la exterioridad, aunque profunda y arrolladora, no ha sido completa. Es más, nunca podrá serlo. ¿Qué queremos decir con esto? Por un lado, que evidentemente el huracán modernizado no ha podido acabar radicalmente con todo lo otro, siendo esta afirmación especialmente cierta para las periferias del mundo global. Aunque es imposible pensar en una existencia radicalmente al margen, en dinámicas completamente aisladas o herméticas, es evidente que subsisten a día de hoy campesinos y campesinas, autonomía política, pueblos originarios, extensiones de naturaleza salvaje, vida animal y vegetal no domesticada, territorio no habitado, etc. Es decir, exteriores y afueras parciales pero muy reales. Exterioridad también al interior de nuestras ciudades con sus descampados, sus ruinas, sus barrios populares en resistencia, sus lazos comunitarios, etc. Exterioridad radical e inasimilable² de la psique, de lo posible no existente, de cierto deseo, de la rebeldía y la oposición. Y por último, y quizá más importante, la propia exterioridad que genera el radical desencaje que se da entre el mundo real y la pretensión del proyecto moderno de poder controlarlo, administrarlo, gestionarlo y prácticamente modificarlo y recrearlo a voluntad. Todos estos espacios, cesuras, intersticios son exterioridad. Algunas inexpugnables, otras en retroceso, las menos en resistencia.

Ahora, pese a ello sigue siendo pertinente la afirmación de que al menos cierta manera de entender un proyecto político para la crítica antiindustrial no tiene más remedio que modificarse en su relación con la exterioridad. Si durante mucho tiempo se pudo entender el quehacer político como una resistencia, lucha y oposición desde y en defensa de la exterioridad; hoy no nos queda más remedio que luchar *desde el interior y hacia la exterioridad*. Todos los seres humanos, el resto de vida animal y vegetal e incluso las dinámicas del mundo inorgánico están conectadas de un modo u otro (sin duda con intensidades, profundidades y consecuencias bien distintas dependiendo del caso) con el proyecto moderno. En un sentido significativo podríamos decir que no hay afueras, al menos no afueras radicales y herméticas. Siendo así, no tenemos más remedio que trabajar desde la ambigüedad y hacia la transformación, arrancándonos la propia piel, en la bella fórmula de Ellul, para llegar al hueso en que se ha tornado este mundo contra el que luchamos.

Y con esto no pretendemos situarnos en el cacareado paradigma de la negatividad dialéctica, en la

² Justificar esta afirmación sería extenso y dificultoso, de modo que será una tarea que no abordaremos aquí. Un buen lugar donde encontrar una elaboración a este respecto es la obra de Cornelius Castoriadis.

salvación en el peligro de Hölderlin. No hay integración dialéctica, ni automatismo, ni predestinación. Lo que hay es necesidad e imposición de partir de lo ya existente, de barrenarlo radicalmente, de destruirlo parcialmente y de crear aquello compatible con nuestro proyecto político. Y esto a todos los niveles: la disposición material del mundo (económica, urbanística), cultural (imaginarios, prioridades, conocimientos) y subjetiva (deseos y necesidades). Es más, todo ello en y desde la radical convicción de que dichos niveles no existen separadamente ni pueden abordarse sin atender al carácter radicalmente construido y mediado por la imaginación de toda construcción humana.

Asumir de manera profunda esto no deja de ser desalentador, incluso deprimente. Un vistazo a nuestro alrededor no puede hacer más que patente el hecho de que el grueso de decisiones concretas tomada desde la mezquindad, la locura, el egoísmo o la desidia burocrática han generado un inmensa masa de inercia que se nos opone como un obstáculo apabullante y desalentador a nuestras aspiraciones. Tanto es así que incluso resulta difícil criticar a aquellos que ante dicha situación llegan incluso a plantearse la posibilidad de seguir defendiendo hoy una coherencia radical entre medios y fines. O dicho de otro modo, aquellos que rompen con la idea de que nada de lo que el mundo moderno ha creado puede servir para transformarlo (evidentemente sabemos que eso nunca puede ser completamente cierto, en tanto que nosotros mismos somos parcialmente una creación de dicho mundo y no parece haber nadie más que pueda servir para acabar con él).

En fin, la constatación de que el cierre modernizador no es absoluto no reduce el ahogo de la clausura moderna, no embravece el ánimo decaído ante el nivel de consenso y pasividad, no afloja el lazo de la coacción de la socialización mediante el trabajo, no ablanda automáticamente la sensibilidad encallecida y embotada, no estrecha lo afectos y las confianzas perdidas; en suma, no es equivalente a la asunción de responsabilidad radical, y los efectos que ésta conlleva, que supondría un proyecto emancipatorio hoy. Me imagino que lo único que sí es, para todos los que pensamos que no hay orden infalible ni régimen eterno, es esperanza y alimento. Es decir, sueño. Y eso, la verdad, son palabras mayores.